



unánimes

Estudios bíblicos

P: Carta a los Efesios

03.- El misterio de la
voluntad de Dios

Para comentarios y dudas: www.unanimes.org/foro/
25/06/2018



unánimes

Estudios Bíblicos

P.03.- El misterio de la voluntad de Dios

1. El texto

Efesios 1:7-14

En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia.

Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra.

En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo.

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

2. Introducción

En esta sección de la carta se desvía la atención desde el cielo a la tierra, desde el pasado al presente y, en cierto sentido, desde el Padre hacia el Hijo. Decimos “en cierto sentido” puesto que el cambio no es abrupto en manera alguna. La estrechísima conexión que existe entre el Padre y el Hijo en la obra de la redención se conserva enteramente. Es el Padre que hace que su gracia se derrame sobre nosotros, el que nos hizo conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, etc. Sin embargo, el énfasis ha desviado su enfoque de la obra del Padre hacia la del Hijo.

Es en el Amado, es decir, en el Hijo en quien tenemos nuestra redención. Es Él quien derramó su sangre por nosotros. Es Él también en quien el propósito de gracia del Padre se ha concentrado, bajo cuya autoridad todas las cosas se reúnen, en quien hemos sido hechos herederos y en quien centramos nuestra esperanza y en quien tenemos nuestra redención.

3. Lo que obtenemos en Cristo

En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia.

Redención aquí indica liberación como resultado del pago de un rescate. No existía otra forma posible para salvar al pecador. La justicia de Dios tenía que ser satisfecha. Nadie puede tener dudas acerca del carácter necesario, objetivo, voluntario, expiatorio, vicario y eficaz del acto realizado por el Amado del Padre, mediante el cual se ofreció a sí mismo en favor de su pueblo. El Nuevo Testamento trata precisamente de eso.

Esta redención implica dos cosas, por una parte, emancipación de la maldición, es decir, de la culpa, del castigo, y del poder del pecado y por otra restauración a la verdadera libertad. Fue además una redención por medio de su sangre, una redención que implicó sustitución de la vida de uno en favor de otros. Esta era la única forma en que pudo realizarse la expiación. Además, la única sangre por medio de la cual podría llevarse a cabo la redención era su sangre, la de un perfecto redentor. La sangre de los animales, la cual era utilizada en el viejo pacto, era puramente simbólica y típica (ver estudio de Unánimes tipos y antitipos).

No obstante, cuando se hace mención de la redención por su sangre, ella no debe separarse del sacrificio voluntario y total, de su vida, de su persona misma. Expresiones tales como “dio su vida”, “dio su alma”, y “se dio a sí mismo”, son sinónimas. Todas ellas indican que el Redentor fue constituido (y se hizo a sí mismo) ofrenda por el pecado, que sufrió el castigo por causa del pecado; que esto lo hizo vicariamente, y que todo esto fue en favor de aquellos que por naturaleza eran “hijos de ira”.

Lo que acrecienta la gloria de este sacrificio aún más es el hecho de que, aunque el Amado vino al mundo para realizar muchas obras, por ejemplo, calmar las enfurecidas olas, echar fuera demonios, limpiar leprosos, abrir los ojos de los ciegos, hacer oír a los sordos, alimentar multitudes, sanar enfermos y aun resucitar muertos, sin embargo, el propósito fundamental de su venida fue buscar y salvar a los perdidos, darse a sí mismo en rescate por los suyos.

En verdad, “de su alto trono Jesús vino a este mundo a morir”. No hemos de sorprendernos entonces que Pablo exclama, “Bendito (sea)”, o que Pedro exige a los que están a su cargo una agradecida respuesta por medio de una vida santa, añadiendo “sabiendo que fuisteis redimidos de vuestra vana manera de vivir, que vuestros padres os legaron, no son cosas corruptibles como plata y oro, sino con preciosa sangre, la de Cristo, como de un cordero sin defecto e inmaculado”.

3.1. En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia...

Ahora bien, el propósito de esta redención fue “para que fuésemos liberados del pecado”. Fue con este fin en su mente y corazón, que “derramó su sangre y murió en la cruz”. De ahí que Pablo dice, “*En él tenemos redención por su sangre, el perdón de*

pecados según las riquezas de su gracia,”. Estas dos expresiones, redención por medio de su sangre y perdón de los pecados, van juntas. La redención no estaría completa si no se procurase el perdón. Aun Israel en la antigua dispensación entendía esto. En el día de la expiación la sangre (Yom Kippur o día del perdón) de un macho cabrío era rociada sobre el propiciatorio. El otro macho cabrío, sobre cuya cabeza eran confesados los pecados, era enviado lejos para nunca volver. Ahora aquí en Efesios la idea de completa remoción del pecado constituye el significado mismo de la palabra, usada en el original, traducida por perdón (o remisión).

En lo concerniente a su derivación, la palabra que se traduce por pecado significa errarle al blanco, salirse del objetivo. De ahí entonces, es una desviación de la senda de la verdad. Tal desviación puede ser de naturaleza grave o bien leve. En Efesios no queda excluida ninguna de ellas y todas son consideradas como desviaciones graves, arraigadas en la naturaleza misma del hombre corrompido por la caída.

Ahora bien, el perdón tiene lugar conforme a las riquezas de su (del Padre) gracia. El perdón y la gracia están en completa armonía. La norma establecida por la gracia de Dios determina la naturaleza de su perdón. Observemos que el Padre no perdona meramente haciendo uso de, sino conforme a, las riquezas de su gracia.

Valga la siguiente ilustración. Imaginemos a dos personas muy ricas. Al pedirles que contribuyan a una buena causa, ambos dan de sus riquezas. El primero, sin embargo, dona una cantidad miserable muy lejos de lo que de él se esperaba. Este, solamente da de sus riquezas, pero no conforme a ellas. El segundo es generoso con sus donaciones hacia cualquier causa noble. Da conforme al monto de su fortuna. Dios siempre da y perdona conforme a sus riquezas. ¡Él, de veras, es rico! Su gracia hacia el indigno es de carácter infinito.

3.2. ...que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia.

El apóstol prosigue, *que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia*. En un pasaje similar, escrito en la primera de las cartas a su discípulo Timoteo el apóstol declara, “*y ha sobreabundado la gracia de nuestro Señor, con fe y amor, que son en Cristo Jesús*”. Así como en aquel pasaje se dice que la gracia ha encendido la fe y el amor, así aquí que la gracia inunda los corazones de los creyentes con sabiduría e inteligencia.

Sabiduría es conocimiento en acción. Es la habilidad para aplicar el conocimiento de forma oportuna a fin de conseguir los mejores resultados, capacitando a una persona para usar los medios más efectivos para alcanzar las más altas metas.

4. El misterio en Cristo

Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra.

Dios lo dio a conocer a Pablo quien, a su vez, se regocija en el privilegio de darlo a conocer a otros. Además, la gracia santifica este conocimiento en el corazón de aquellos destinados a ser salvos. Pablo dice en primera persona: “nos hizo conocer” (cf. “para nosotros”, en el v. 8), es decir, a mí mismo y a aquellos a quienes escribo.

4.1. *Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad*

Dios, el Padre, hizo que sobreabundara su gracia y es por ello que: “*Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad*”.

No la guardó para sí. El Padre no quiso que los santos y creyentes de Éfeso (y de todo lugar) fuesen como el pueblo de Samaria, que ignoraba acerca de sus riquezas. La más grande historia que jamás se haya contado, la de la gracia de Cristo, debe ser dada a conocer. En este aspecto, también, el verdadero evangelio difiere de “otros evangelios” de invención humana. En los días de Pablo ciertos cultos obligaban a sus devotos a hacer “tremendos juramentos” en el sentido de no revelar sus secretos a los no iniciados. Aun hoy día existen sectas que exigen a sus miembros hacer promesas similares bajo pena de horribles castigos en caso de incumplimiento.

Fue la voluntad del Padre que el más sublime de los secretos fuese publicado a los cuatro vientos y que penetrase profundamente en el corazón de los suyos. El plan de salvación de Dios, además, debía ser dado a conocer a fin de que fuese aceptado por la fe, puesto que es por medio de la fe que los hombres han de ser salvos.

¿Qué fue lo que Pablo quiso decir cuando mencionó “el misterio”? Aquí en Efesios la respuesta no se da hasta llegar al versículo 10 y aun allí el tema solo queda a modo de introducción. No obstante, aunque breve, se nos dice que el misterio en el cual Pablo piensa es aquel concerniente a la voluntad de Dios, es decir, el deseo del Padre. El misterio, el deseo, el beneplácito y el propósito del Padre, forman una unidad. No se pueden separar, puesto que el misterio es el de su propósito eterno.

4.2. *...según su beneplácito...*

Su revelación, también fue conforme “*según su beneplácito*”. Antes habíamos estudiado que la predestinación se atribuye también a su beneplácito. Según esto entendemos que el Padre, lejos de manifestar un amor inferior al del Hijo, ¡siente una especial satisfacción al preocuparse de todo aquello que necesita ser planeado a fin de

hacer posible la salvación, plena y libre, de los hombres que se han sumergido en la miseria y ruina, y siente el mismo placer al darles también a conocer este maravilloso plan! ¿Por qué hemos de sorprendernos si el corazón de Pablo, henchido de un espíritu de adoración, exclama “Bendito (sea) el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”?

4.3. ...el cual se había propuesto en sí mismo...

Luego el apóstol define este beneplácito añadiendo: “*el cual se había propuesto en sí mismo*”. La expresión “en sí mismo” debe significar “en el Amado”, según lo indica el contexto precedente. El Padre “nos ha bendecido con toda bendición espiritual ... en Cristo”, “nos escogió en él” y “bondadosamente nos confirió su gracia en el Amado”. Es natural, por tanto, que ahora se mencione que aquel propósito que abrigó para sí mismo fue “en él”.

4.4. ...en el cumplimiento de los tiempos establecidos...

El beneplácito del Padre, el propósito que abrigó, trazado en la eternidad, iba a realizarse en el tiempo. De ahí que Pablo prosigue: “*en el cumplimiento de los tiempos establecidos*”. La expresión “cumplimiento de los tiempos” indica el momento o el período de tiempo cuando, por decirlo así, en el reloj de arena del decreto eterno de Dios se ha llenado la ampollita inferior, esto es, cuando todos los tiempos precedentes y las sazones que el Padre ha establecido conforme a su propia autoridad se hayan completado. Es, en otras palabras, “el tiempo apropiado”. Según podremos ver más adelante (versículos 20–23), la referencia en el caso presente tiene que ver con toda la era del Nuevo Testamento, especialmente el tiempo que comenzó con la resurrección y coronación de Cristo. No llegará el fin hasta que el Señor, en su glorioso regreso, haya pronunciado y ejecutado juicio. En conexión con esto, hacemos bien en enfatizar lo que hemos ya dicho, a saber, que tal misterio y propósito van juntos: la ejecución del propósito es la revelación del misterio puesto que fue precisamente el propósito de amor del Padre revelar lo que para el hombre era un misterio. Esta ejecución y revelación estaban destinadas a tener lugar, por tanto, en la era mesiánica presente.

4.5. ...de reunir todas las cosas en Cristo..., así las que están en los cielos como las que están en la tierra.

El propósito llevado a cabo en la plenitud de los tiempos, el misterio entonces revelado, se expresa en las siguientes palabras: “*de reunir todas las cosas en Cristo..., así las que están en los cielos como las que están en la tierra*”. Es la misma doctrina que se desarrolla también en otras epístolas que pertenecen al mismo período de su prisión. En cuanto al misterio introducido aquí por el apóstol, pero que más tarde se

desarrolla en forma muy detallada, debe bastarnos decir por el momento que este misterio está centrado en Cristo y que un elemento de él es el que aquí se expresa, a saber, que literalmente todas las cosas, las cosas en el cielo, en la tierra, sobre nosotros, alrededor nuestro, dentro de nosotros, debajo de nosotros, todo lo material, han sido colocadas ahora bajo el dominio de Cristo.

Este, sin duda alguna, es un misterio, puesto que nadie jamás lo hubiera descubierto si no se le hubiese revelado. Es necesario nada menos que la fe, y en ninguna manera una fe débil, para “ver a Jesús coronado de gloria y honra”, realmente gobernando el universo entero desde su celestial morada. Es como el Dr. Herman Bavinck lo expresa tan adecuadamente:

“Observamos alrededor nuestro tantos hechos que no nos parecen razonables, tantos sufrimientos injustos, tantas calamidades inexplicables, tan extraña y desigual distribución de destinos y un contraste tan grande entre los extremos de la alegría y la tristeza, que al reflexionar sobre estas cosas nos vemos forzados a elegir entre dos alternativas: ver el mundo gobernado por una ciega voluntad o deidad maléfica, como creen los pesimistas, o, basándonos en las Escrituras y mediante la fe, descansar en la soberana y absoluta voluntad— aunque incomprensible—sabia y santa de Aquel que algún día hará que la plena luz de los cielos amanezca sobre los misterios de la vida” (The Doctrine of God, Grand Rapids, Mich., segunda impresión, 1955).

El hecho de colocar todas las cosas bajo una cabeza en Cristo, de tal modo que ellas no se puedan deslizar por sí mismas, sino que estén bajo el gobierno del Señor, se enseña en muchos pasajes de las Escrituras. El mediador que ha sido exaltado vive y reina, recibiendo la adoración de todos los redimidos y de todas las huestes angélicas.

Los pensamientos de este gran Unificador se dirigen también a la tierra, tanto que, en realidad, no solamente intercede por los suyos que todavía se hallan sujetos a conflictos y agitación, sino que aun vive para interceder por ellos y está actualmente preparando lugar para ellos. Imparte dones a los hombres, realiza obras de sanidad y por medio de su Espíritu mora en medio de “los siete candeleros” que representan a la Iglesia.

El hecho de morar entre ellos es algo activo y produce frutos de santificación en la vida de los creyentes. Al mismo tiempo Cristo batalla victoriosamente contra el dragón y sus aliados y, sobre todo, gobierna el universo entero en favor de su iglesia.

5. El propósito de la predestinación

En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo.

La evidencia de que la preocupación de Cristo por su iglesia es profunda, se ve, sin lugar a dudas, en la declaración que sigue. Es como si Pablo dijera: “Yo Pablo, y vosotros, los lectores, también hemos sido hechos herederos”. Observemos la palabra “asimismo”, que significa “de igual manera”, expresión que conecta este versículo con los anteriores. Lo que esto nos dice es que no solamente, en unión vital con Cristo, hemos recibido bendiciones tales como la redención, el perdón de los pecados y la iluminación espiritual (sabiduría, discernimiento), favores que ya hemos mencionado antes, sino que además de estos favores iniciales que, aunque tienen significado permanente, enfocan sobre el pasado (liberación de aquel terrible poder que nos tenía atados, perdón de los pecados pasados, disipación de las antiguas tinieblas), se nos otorgó además el derecho a la gloria futura.

5.1. *En él asimismo tuvimos herencia...*

“Hemos sido hechos herederos”, es lo que Pablo nos dice. Herederos son aquellos que, sin contar con méritos personales, reciben derecho a todas las bendiciones correspondientes a la salvación en Cristo Jesús y que jamás les serán quitadas. La herencia se les concede en dos etapas: ciertas bendiciones les son otorgadas ahora mismo, otras en el futuro.

5.2. *...habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad.*

Alguien podría objetar, “¿Pero serán acaso estas bendiciones de la salvación—así las futuras como las presentes—realmente nuestras? ¿Existe la certeza de que el plan de Dios para nuestras vidas nos asegura también el futuro?” El apóstol responde al proseguir: *habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad.* Lo que determina nuestro destino no es ni la suerte ni el mérito humano. El bondadoso propósito, para que fuésemos santos e irreprochables, hijos de Dios, destinados a glorificarle eternamente, está establecido, siendo parte de un plan más extenso que abarca el universo. De este plan, que incluye absolutamente todas las cosas que siempre han existido y tenido lugar en el cielo, en la tierra, y en el infierno; cosas del pasado, del presente y aun las futuras, que tienen relación tanto con creyentes como con no creyentes, con ángeles y demonios, con actividades tanto físicas como espirituales y con unidades de existencia tanto grandes como pequeñas; Dios es no solamente el autor sino también el ejecutor de todo.

La providencia divina en el curso del tiempo es tan amplia como lo es su decreto desde la eternidad. Lo que Pablo declara literalmente es que Dios opera con su energía divina en todas las cosas.

La misma palabra ocurre también más adelante en la carta, haciendo referencia a la obra (operación energética) del poder infinito del Padre de gloria, que obró (ejerció energéticamente) en Cristo cuando le levantó de entre los muertos. De ahí que nada podrá trastornar la futura gloria de los elegidos.

Además, si bien es cierto que todo está incluido en el divino plan que abarca todo el universo y su realización en el curso de la historia, nada existe en este concepto que pudiera inquietar o amedrentar a algún hijo de Dios. Todo lo contrario, puesto que las palabras implican sin lugar a dudas que el único Dios verdadero, cuyo amor hacia los suyos en Cristo sobrepasa todo entendimiento, actúa con divina reflexión y sabiduría.

Todos los designios divinos son santos y el Señor se deleita en recompensar a los que confían en Él. Ni la responsabilidad humana ni el ejercicio personal de la fe son jamás violados en forma alguna. Existe amplio campo de acción para ellos tanto en el decreto como en su realización.

Por lo demás, Dios no es como las deidades paganas que actúan movidas por circunstancias cambiantes, por antojo y capricho, de modo que nunca se sabe cuánto tiempo durará su favor.

Aquel, que en su amor ha predestinado a su pueblo para ser adoptados como hijos, jamás se olvidará de ellos, sino que llevará a su término lo que en ellos comenzó. Llevará a cabo su plan hasta el final mismo. Ninguna circunstancia podrá jamás frustrar su designio. “Ni el pecado, ni la muerte, ni el infierno podrán desviar aquel inmovible amor causal de la predestinación”. Así lo afirma el apóstol en la Carta que envió a los creyentes en Roma:

Romanos 8:37-39

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

5.3. ...a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo.

Si el decreto eterno de Dios es tal que lo abarca todo, y si se realiza totalmente en el curso de la historia, y si en este plan se hallaba incluido el destino de sus hijos, entonces ni Pablo ni los lectores tienen motivo alguno de jactancia propia. Lo que ellos puedan ser, tener, o hacer viene de Dios.

De ahí que Pablo finaliza esta sección diciendo: *a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo*. Antes que la herencia sea enteramente recibida—puesto que ahora y aquí se ha recibido sólo una prenda anticipada, Pablo y los lectores han centrado ya su esperanza en Cristo.

6. El sello de la promesa

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

A medida que el punto de interés cambia una vez más, en este caso desde el Hijo hacia el Espíritu Santo, hallamos una transición gradual nuevamente y no un cambio abrupto.

6.1. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación...

Pablo escribe: *En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación*. Los efesios no deben abrigar dudas acerca de su inclusión en Cristo y de los beneficios subsecuentes. Han oído, han escuchado atentamente el mensaje de la verdad. ¿Acaso no lo dice Lucas, en el capítulo 19 del libro de los Hechos de los Apóstoles? “todos los que habitaban en la provincia de Asia oyeron la palabra del Señor, así judíos como griegos”.

Tal oír era necesario a fin de que pudiesen ser salvos por medio de la fe. La respuesta adecuada para aquellos que piensan que los que deben ser considerados como el objeto (o más bien, objetos potenciales) de la actividad misionera pueden ser salvos sin oír el evangelio la da Pablo en la carta a Romanos:

Romanos 10:13-15

...ya que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo.

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?...

Por supuesto, existe una diferencia en cómo es el oír del hombre. Algunos oyen y como resultado de esto quedan endurecidos al evangelio. Así como un hombre puede ensordecirse a causa de un intenso y sostenido martillar, así también hay oidores del evangelio que pueden tornarse totalmente inmunes a la predicación de la verdad. Para otros la proclamación del evangelio suena como canción de amores tocada y cantada. La oyen, pero sin tomarla en serio.

Jesús dijo a los que acudían a Él que habían de ser cuidadosos en cuanto a cómo oían. Por medio de inolvidables parábolas enfatizó esta enseñanza. Cristo, no obstante, enfatizó además que el hombre debe ser cuidadoso en cuanto a lo que oye. Los efesios habían escuchado atentamente “el mensaje de la verdad”. Había muchos errores en el mundo pagano de aquellos tiempos, muchos falsos evangelios. Los efesios, en general, los habían dejado al lado o rechazado. Deseaban oír solamente lo mejor. Se le llama el mensaje de la verdad porque revela la verdadera condición del hombre, proclama y defiende la única forma de escapar y amonesta a los pecadores que ya han sido salvos para que demuestren gratitud verdadera en todos los aspectos de sus vidas.

Es, por tanto, “*el evangelio de vuestra salvación*”, no en el sentido de que en y por sí mismo salva a cualquiera, sino que cuando es aceptado con fe verdadera en Cristo, sus buenas nuevas de gran gozo llegan a ser “poder de Dios para salvación”.

6.2. ...y habiendo creído en él...

Los efesios habían mostrado esta verdadera fe, porque Pablo prosigue: *y habiendo creído en él...* Habían entregado sus vidas a su Señor y puesto su confianza en Él. Cuanto más le conocían tanto más era la confianza que adquirirían en Él.

6.3. ...fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.

De ahí que Pablo dice: *fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa*. Un sello en la antigüedad, no se estampaba sino que se fijaba o ataba el sello a un objeto—se usaba para:

- a. Garantizar el carácter auténtico de un documento
- b. Indicar posesión
- c. Asegurar o proteger de daño e intrusión

El contexto parecería indicar que la primera de las tres ideas, es decir, la autenticación o certificación, es lo básico en el presente pasaje. El Espíritu había dado testimonio a sus corazones de que eran hijos de Dios, y como Pablo le dice a los creyentes en Roma: “*y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos con*

Cristo”, personas a quienes nada puede dañar y para quienes “todas las cosas ayudan a bien”. De inmediato salta a la vista el hecho de que en tales casos los tres propósitos ya mencionados con respecto al uso de un sello se combinan: autenticación implica posesión y protección.

Al Espíritu por el cual se les otorgó este sello se le menciona aquí con su nombre completo “*El Espíritu Santo*”, para indicar que no sólo es santo en sí mismo sino que también es la fuente de santidad para los creyentes, santidad que en el caso de los efesios se estaba expresando no sólo por su disposición interna sino también por medio de sus palabras y hechos de amor. Aun más, a la tercera persona de la Trinidad se la llama aquí “El Espíritu Santo de la promesa”, es decir, el Espíritu Santo prometido, o bien, aquel que fue otorgado en conformidad a las divinas promesas.

6.4. ...que es las arras de nuestra herencia

Al pensar en el hecho mismo de cómo en su venida y obra las promesas divinas fueron cumplidas gloriosamente, ¿no es acaso para nosotros señal inequívoca de que también las promesas de futuras bendiciones para los creyentes lograrán también el gozoso cumplimiento? Es en esta línea de pensamiento que el apóstol prosigue diciendo: *que es las arras de nuestra herencia*. La palabra que Pablo usa en griego para “arras” es “arrabōn”. En los manuscritos la palabra se refiere a menudo a cierta cantidad de dinero dado por adelantado al comprar un animal o aun una esposa. Es como una señal de trato. Su origen es probablemente semítico o fenicio.

En el Nuevo Testamento la palabra se usa también dos veces en la segunda carta que Pablo envió a los corintios, pasajes que nos enseñan que cuando Dios deposita su Espíritu en los corazones de sus hijos se obliga a sí mismo a otorgar a ellos más adelante el total restante de todas las bendiciones de la salvación merecidas a su favor por la sangre de Cristo. La prenda anticipada es, por tanto, una seguridad o garantía de la gloria que ha de venir, gloria que se hará presente no solamente cuando el alma sea separada del cuerpo sino principalmente en la gran consumación de todas las cosas, en el instante que Cristo regrese.

Los frutos concedidos por este Espíritu que mora en los creyentes santificándoles, los describe Pablo en la carta enviada a los creyentes en Galacia: amor, gozo, paz, longanimidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí mismo, y su maravilloso producto: seguridad de la salvación. Todo esto son las “primicias” o los primeros frutos. Son el goce anticipado de un futuro e inefable deleite. La herencia total—que es la salvación considerada como el bondadoso y permanente don de Dios, no se compra con dinero, ni se gana con el esfuerzo fatigoso del hombre, ni se puede con-

quistar—será un día la herencia de los creyentes, la que han de poseer y disfrutar para la gloria de Dios.

6.5. *...hasta la redención de la posesión adquirida*

Ahora bien, el fin o propósito de todas las cosas jamás reposa en el hombre sino siempre en Dios. Así continua el apóstol: *hasta la redención de la posesión adquirida*. En el instante en que los creyentes reciben su herencia total, que incluye la gloriosa resurrección del cuerpo, es cuando tiene lugar la redención de la propia posesión de Dios, es decir, la entrega total a Él de lo que le pertenece en virtud del hecho de haber sido Él quien la hizo y la compró.

Su pueblo, ya enteramente libre de todos los efectos del pecado, será manifestado, en el sentido exacto de la palabra, como “su especial tesoro”. También, cuando el apóstol, al final de este tercer párrafo, cuyo centro es la obra del Espíritu Santo, agrega para alabanza de su gloria, él está haciendo eco a lo que ya había escrito en una epístola anterior dirigida a los corintios: “No sois dueños de vosotros mismos; porque fuisteis comprados a gran precio; glorificad pues a Dios con vuestro cuerpo”. El hecho de que los creyentes no se pertenezcan a sí mismos sino a Dios (o, a Cristo) es doctrina paulina muy familiar que fue enseñada en otras cartas (Corintios y Romanos): “vosotros sois de Cristo”; “Pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor”. Esto, además, es el único consuelo del creyente tanto en la vida como en la muerte.

6.6. *...para alabanza de su gloria.*

La combinación que tenemos aquí en el texto: “*hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.*” nos hace recordar de inmediato lo que Dios inspiró por medio del profeta Isaías:

Isaías 43:21

Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará.

¿Acaso nos hemos de extrañar cuando el apóstol pondera el hecho de que él mismo y también los lectores, hayan sido emancipados de tan terrible maldad y restaurados a una bienaventuranza imposible de imaginar, y esto realizado a un alto precio por el mismo Dios contra el cual se han rebelado, y además, que les dio el Espíritu Santo como garantía y goce anticipado de un futuro y supremo deleite que disfrutarán al recibir su herencia total, y así estarán en deslumbrante esplendor ante Dios como su especial posesión? En vista de todo esto, no es extraño que Pablo haya comenzado su magnífica doxología diciendo, “Bendito (sea)” y terminando con, “para alabanza de su gloria”

7. Conclusión

En esta sección de la carta nos encontramos cara a cara con tres de las concepciones más grandes de la fe cristiana, a saber: La liberación, el perdón y la sabiduría.

7.1. La liberación

La palabra original es “apolytrósis”. Viene del verbo “lytrún”, que quiere decir redimir. Es la palabra que se usa para redimir a un prisionero de guerra o a un esclavo, o del continuo rescate que Dios otorga a Su pueblo en tiempos de prueba. Cada caso la concepción es la liberación de una persona de una condición de la que ella misma es incapaz de liberarse, o de un castigo que no habría podido evitar de ninguna manera.

Así que, en primer lugar, Pablo dice que Dios ha libertado a los hombres de una situación de la que ellos no se habrían podido nunca libertar a sí mismos. Precisamente eso es a lo que Cristo ha hecho por nosotros. Cuando Cristo vino a este mundo, la humanidad estaba agobiada por el sentimiento de su propia impotencia. Sabía que estaba viviendo una vida totalmente desquiciada; y también que era impotente para hacer ninguna otra cosa.

Fue precisamente esa liberación la que trajo Jesucristo; y sigue siendo verdad que Él puede liberar a las personas de la esclavitud a las cosas que las atraen y las repelen al mismo tiempo, de la que no se pueden librar a sí mismas. Para decirlo más sencillamente: Jesús todavía puede hacer que los malos se hagan buenos.

7.2. El perdón

El mundo antiguo estaba asediado por el sentimiento de pecado. Bien se podría decir que todo el Antiguo Testamento es un desarrollo del dicho «El alma que pecare, morirá» (Ezequiel 18:4). Las personas eran conscientes de su propia culpabilidad y vivían en constante terror de su dios o dioses.

Si había una cosa que la gente conociera era el sentimiento de pecado y el miedo a Dios. Jesús cambió todo eso. Enseñó, no a odiar a Dios, sino a amar a Dios. Porque Jesús vino al mundo para que las personas, aun en su pecado, descubrieron el amor de Dios.

7.3. Sabiduría y prudencia

Las dos palabras en griego son “sofía” y “frónesis”, y Cristo nos las trajo las dos. Esto es muy interesante. Los griegos escribieron mucho sobre estas dos palabras. Si una persona tenía ambas cosas, estaba perfectamente equipada para la vida.

Pablo afirma que Jesús nos trajo “sofía”, el conocimiento intelectual que satisface la mente, y “frónésis”, el conocimiento práctico que nos permite resolver los problemas de la vida cotidiana. El carácter cristiano se presenta así como algo completo. Hay una clase de persona que está en su ambiente en el estudio, que se mueve con soltura entre los problemas filosóficos y teológicos, y que sin embargo se pierden en los asuntos ordinarios de la vida de cada día. Y hay otra clase de persona que se considera muy práctica, que se afana en los negocios de la vida, pero que no tiene interés en los asuntos del más allá. A la luz de los dones que Dios nos da por medio de Cristo, ambos caracteres son imperfectos. Cristo nos trae la solución de los problemas tanto de la eternidad como del tiempo.

Los cristianos estamos convencidos de que la historia es el desarrollo de la voluntad de Dios. Sin embargo, estamos viviendo en una edad en la que la gente ha perdido la fe en que el mundo tenga ningún sentido. Pero los cristianos creemos y estamos convencidos de que, en este mundo, se está desarrollando el propósito de Dios. Según Pablo, ese misterio no se intuyó hasta que vino Jesús, y ahora la gran tarea de la Iglesia consiste en desarrollar el propósito de unidad que Dios nos ha revelado en Jesucristo.

Pablo, en esta sección de la carta, da el primer ejemplo de la unidad que trajo Cristo. Cuando habla de nosotros quiere decir su propia nación, los judíos; cuando habla de vosotros, quiere decir los gentiles a los que se dirige y cuando, en la última frase, dice nosotros, está pensando en los judíos y los gentiles juntos.

Lo que es verdad de las personas también lo es de las naciones. Cada nación tiene su parte en el orden de Dios. Los griegos enseñaron lo que es la belleza del pensamiento y de la forma. Los romanos enseñaron la ley y la ciencia del gobierno y de la administración. Los judíos enseñaron la religión. Los judíos fueron el pueblo preparado especialmente para que de ellos viniera el Mesías de Dios.

Las experiencias más elevadas de paz y gozo cristiano que se pueden disfrutar en este mundo no son más que leves primicias o adelantos del gozo y de la paz en que entraremos un día. Es como si Dios nos hubiera dado lo bastante para aguzarnos el apetito para más y suficiente para asegurarnos que algún día nos lo dará todo.